



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Examen de algunas figuras norteamericanas que participaron en la Guerra del 47

Autor: Sobarzo, Alejandro

Forma sugerida de citar: Sobarzo, A. (1997). Examen de algunas figuras norteamericanas que participaron en la Guerra del 47. *Cuadernos Americanos*, 5(65), 46-69.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XI, Núm. 65, (septiembre-octubre de 1997).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

EXAMEN DE ALGUNAS FIGURAS NORTEAMERICANAS QUE PARTICIPARON EN LA GUERRA DEL 47

Por *Alejandro* SOBARZO
UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

CON MOTIVO del sesquicentenario de la Guerra del 47, se nos presenta ocasión propicia para recordar algunos capítulos de aquel suceso, que tuvo como consecuencia la pérdida de más de la mitad del territorio nacional.

La amplitud del temario es ostensible. Se podrían analizar las causas del conflicto y examinar al respecto las posturas, con frecuencia coincidentes, de los tratadistas de uno y otro país. Se podría hacer un repaso de los principales hechos de armas incluyendo los errores de apreciación, o quizás mala fe, del inefable Antonio López de Santa Anna. Se podrían reexaminar las enseñanzas que nos dejó la contienda, de manera especial una de valor permanente: la debilidad que presenta un pueblo desunido, como lo fue el México de entonces.

Pero a éstos y otros temas que brindan amplio material para el investigador, se podría agregar el examen, aunque sea a grandes trazos, de algunas figuras norteamericanas que participaron en el conflicto, ya sea desde sus oficinas gubernamentales en Washington, o en el mismo escenario mexicano. Resulta de gran interés examinar cuál fue el desempeño durante la guerra y, de manera especial, las relaciones, con frecuencia poco cordiales, que surgieron entre ellos.

Desde luego una figura que permite amplios comentarios es la de James Polk, cuyo expansionismo insaciable le permitió lograr la candidatura demócrata a la presidencia, al pronunciarse, poco antes de la convención de su partido que tuvo lugar en Baltimore en mayo de 1844, por la "inmediata reanexión" de Texas y la "reocupación" de Oregon. En esa forma arrebató la candidatura al favorito Martin Van Buren, que ya había sido presidente de 1837 a 1841 y, posteriormente, en reñida elección, derrotó al candidato de los *whigs*, Henry Clay.

Ya en la Casa Blanca presionó diplomáticamente a Gran Bretaña hasta obligarla a aceptar que cediera parte del territorio de Oregon, con lo que se hizo posible la prolongación de Estados Unidos desde las Montañas Rocallosas hasta el Pacífico.

Posteriormente, al no lograr a través de su enviado, John Slidell, que México cediera los territorios norteños, "Polk, el mendaz", epíteto que le endilgó un senador de Georgia, Alexander Stephens, buscó el pretexto para declarar la guerra a su vecino del sur y, como desenlace previsto, apoderarse de una enorme porción de su territorio.

En efecto, nadie puede negar que fue una clara provocación de Polk lo que motivó que se desencadenara la guerra, pues al no lograr hacerse de la zona codiciada por otros medios, dio instrucciones a Zacarías Taylor para entrar con sus tropas a territorio mexicano, o sea al ubicado entre los ríos Nueces y Bravo. Y no resulta fácil para ningún observador imparcial poner en tela de duda la situación de ese territorio como parte de México.

En todo caso, lo más indulgente que se podría decir sobre la conducta de Polk fue lo señalado por John C. Calhoun, por la época senador por Carolina del Sur, en el sentido de que el presidente había provocado la guerra al enviar, sin derecho alguno, tropas a un "territorio en disputa" que estaba ocupado por mexicanos.

Sin embargo, de esto a decir, como lo diría ante el Congreso el presidente Polk, a raíz del encuentro inicial entre las tropas de Taylor y los soldados mexicanos, que México había cruzado la frontera de los Estados Unidos, había invadido su territorio y había derramado sangre norteamericana en suelo norteamericano, obviamente hay mucho trecho.

Aunque ésas hubieran sido palabras placenteras para los expansionistas, obviamente se hubiera requerido más que lenguaje florido y patriotero para convencer a todos de que la ostensible arbitrariedad no fue tal y de que el agresor había sido el agredido.

De hecho Polk recibió fuertes críticas en su propio país. Alguien dijo "que habría sufrido severamente a manos de sus contemporáneos y de los historiadores". Gente de la talla de Abraham Lincoln y Ulysses S. Grant, intelectuales como Albert Gallatin o influyentes políticos de la época como Thomas Hart Benton, Thomas Corwin, Charles Sumner y el mencionado Calhoun, se encuentran entre sus críticos por su papel en la lucha contra México. Muchas censuras recibió, pues, en su tiempo "la guerra del señor Polk", como algunos denominaron la contienda. Posteriormente, historiadores diversos como Hermann von Holst y, especialmente, Hubert

Howe Bancroft, de amplia obra histórica sobre los estados norteamericanos del oeste y sobre el norte de nuestro país, hicieron lo mismo.

Pese a las fuertes críticas de que fue objeto Polk, una encuesta de mediados de esta centuria sobre los presidentes norteamericanos, que hizo Arthur Schlesinger entre historiadores de Estados Unidos, lo coloca en el grupo del segundo nivel de grandeza, o sea sólo atrás del integrado por Lincoln, Washington, Franklin Roosevelt, Wilson, Jefferson y Jackson.

Pero no se vaya a pensar que la considerable votación lograda fue por la popularidad de Polk, por sus dotes de estadista o su capacidad de dirigente, sino por haber aumentado, de manera muy considerable, la superficie del país, con independencia de los medios empleados, lo que ciertamente no debe ser capítulo glorioso de la historia de una nación ni, por tanto, motivo para colocar al artífice entre sus grandes presidentes.

Sin tener la relevancia de la anterior, pero íntimamente vinculada con Polk, otra figura que desde Washington participó muy directamente en el conflicto fue James Buchanan, a la sazón secretario de Estado.

Buchanan no parece haberse ganado la estimación y el respeto de las personas a las que sirvió. Andrew Jackson lo designó ministro en Rusia porque fue lo más lejos que lo pudo enviar, según lo señaló en una ocasión el mismo general y Polk tuvo con él no sólo serios desacuerdos sino grandes sospechas de deslealtad.

Sin embargo, ello no resulta extraño si se analiza la postura tan desconcertante que asumió durante la agresión a México. Y es que recién declarada la guerra por Estados Unidos, durante una reunión del gabinete, Buchanan leyó un proyecto de comunicación destinado a los ministros norteamericanos acreditados en diversas capitales del mundo, para que ellos comunicaran a los respectivos gobiernos el inicio de las hostilidades y les explicaran la postura de Estados Unidos en torno al conflicto.

Aquí se puso de relieve, a las claras, que Buchanan no era muy dado a consultar al jefe de Estado, ni siquiera en cuestiones de marcada trascendencia como la señalada, pues si bien es cierto que sólo se trataba de un proyecto que requería la aprobación del presidente, resulta inconcebible no haber conocido con anterioridad, aunque fuese a grandes rasgos, sus puntos de vista sobre la materia. Pero no lo hizo y la sorpresa de Polk no tuvo límites al conocer el texto que, entre otras cosas, decía que el objetivo de Estados Unidos en la

contienda era afianzar el Río Bravo como frontera y no adquirir ni California, ni Nuevo México, ni ninguna otra porción de territorio mexicano.

De inmediato vino la reconvencción de Polk. Juzgó una declaración de ese tenor a los gobiernos extranjeros como ‘‘innecesaria e impropia’’. Agregó que aunque no habían ido a la guerra en un afán de conquista, era claro que al hacer la paz, de ser posible obtendrían California y las porciones de territorio mexicano que fuesen suficientes para indemnizar a los ciudadanos norteamericanos que tuviesen reclamaciones contra México, así como para cubrir los gastos de la guerra que dicho país los había obligado a emprender, por los continuos agravios y perjuicios que les había ocasionado.

En el diálogo que siguió entre ambos, Polk puso muy en claro su indeclinable empeño de hacerse de California, aunque ello implicara enfrentar un conflicto armado que pudieran emprender Inglaterra o Francia, ‘‘o todas las potencias de la Cristiandad’’.

Ya avanzado el conflicto, y habiendo ocupado las tropas norteamericanas buena parte del territorio nacional, en su informe a la nación de diciembre de 1847 el presidente Polk agregaría otro argumento para justificar la absorción de Nuevo México y California. En este caso el supuesto apoyo se basaría en la llamada Doctrina Monroe.

Conviene recoger los párrafos fundamentales de la tesis del mandatario:

Es obvio para todos aquellos que han observado las condiciones reales del gobierno mexicano durante años pasados, y en el presente, que si México retiene dichas provincias no podrá conservarlas ni gobernarlas por mucho tiempo. Es un país demasiado débil para gobernar estas provincias, ya que están situadas a una distancia de más de 1 600 kilómetros de su capital; y si intentara retenerlas, incluso nominalmente, constituirían, sólo por un corto tiempo, parte de sus dominios, en especial la Alta California.

Desde hace mucho tiempo, la sagacidad de las naciones europeas poderosas ha dirigido su atención a la importancia comercial de esa provincia, y casi estamos seguros de que en el momento en que los Estados Unidos retiraran sus tropas de ahí y dejaran de reclamarla como indemnización, otra potencia se esforzaría por poseerla, ya sea mediante la conquista o la compra. Si ningún gobierno extranjero la adquiere por uno de estos dos medios, probablemente los habitantes y los extranjeros que se quedaran o se instalaran ahí establecerían un gobierno revolucionario en el momento en que supieran que los Estados Unidos habían abandonado el lugar. Tal gobierno sería demasiado débil durante mucho tiempo para mantener su autonomía y, finalmente,

sería anexado o se convertiría en una colonia dependiente de un Estado más poderoso.

En caso de que cualquier gobierno extranjero intentara poseer este territorio como colonia o incorporarlo de otra manera a su propio territorio, tendría que mantenerse el principio declarado por el presidente Monroe en 1823, y reafirmado por mí en mi primer informe presidencial, de que no se permitirá sin nuestro consentimiento que ninguna potencia extranjera establezca una nueva colonia o dominio en ninguna parte del continente norteamericano. Para defender este principio y oponer resistencia a la invasión de una potencia extranjera, podríamos vernos envueltos en otras guerras más costosas y más difíciles que la que estamos librando ahora.

Al paso del tiempo, una vez que se hubiesen derrotado los ejércitos nacionales y se hubiese consolidado la ocupación del país, el 2 de febrero de 1848 se firmó por los negociadores de México y Estados Unidos el tratado que puso fin a la guerra y llevó por título Tratado de Paz, Amistad, Límites y Arreglo Definitivo, más conocido por el nombre de Guadalupe Hidalgo.

Mediante este documento se legitimaba la pérdida de Texas y su frontera se hacía llegar hasta el Río Bravo. Sin embargo, se perdían también los vastos territorios de Nuevo México y California.

Al llegar el documento a la Casa Blanca, por las peculiares circunstancias que rodearon su firma —de lo que daremos cuenta más adelante— Polk quiso conocer el punto de vista de sus más cercanos colaboradores en torno a la conducta que él debía seguir, es decir, si debía rechazar el tratado o enviarlo al Senado para su aprobación.

En el sondeo realizado en la reunión, que tuvo lugar el domingo 20 de febrero de ese año de 1848, se puso de relieve que cuatro miembros del gabinete se manifestaron en favor del tratado y sólo dos en contra. Estos últimos fueron Buchanan y el secretario del Tesoro, Robert J. Walker.

Después de escuchar las opiniones de los presentes y hacerles diversas preguntas al respecto, Polk se abstuvo de emitir su punto de vista en torno al tema y se concretó a convocar a una reunión de gabinete a las doce horas del día siguiente.

A la hora indicada del lunes 21 de febrero y en medio de gran expectación de los asistentes, el presidente Polk, después de una breve introducción y con palabra pausada, dio a conocer su criterio en torno al tratado: que dadas las complejas circunstancias que rodeaban al caso, había decidido enviar el instrumento al Senado para su aprobación.

Entre los fundamentos de su decisión señaló que, en lo concerniente a la frontera, el documento se apegaba a las instrucciones dadas al negociador Nicolás Trist en abril del año anterior, y si bien era cierto que si tuviera que hacerse en ese momento se exigiría más territorio, quizás haciendo de la Sierra Madre Oriental la línea divisoria, sin embargo era dudoso que esto pudiera lograrse con el consentimiento de México. Luego hizo un análisis de las repercusiones que podría tener el hecho de no aceptar el instrumento y que desembocaran en la negativa del Congreso en autorizar más recursos para continuar la guerra. También hizo referencia al enorme valor que tenía la Alta California y concluyó señalando que si ahora rechazaba las condiciones que él mismo había propuesto, no veía cómo podría sostenerse su gobierno.

Al término de las consideraciones del presidente, haciendo caso omiso de su opinión, el secretario de Estado tomó la palabra para insistir en el punto de vista expresado el día anterior. Pero no se vaya a pensar que Buchanan lo hizo porque se privaba a México de territorio, dado que al iniciarse la guerra se había pronunciado en contra de tal posibilidad. Nada de eso, sino que asumió tal actitud, por increíble que parezca, porque no se quitaba al vecino una superficie aún mayor. El voluble secretario manifestó que no se contentaría si adicionalmente, al menos, no se corría la línea divisoria a lo largo de la Sierra Madre Oriental, o sea el criterio inicialmente sostenido por Polk.

Con ese trazo pretendía Buchanan agregar al enorme despojo que ya implicaba el proyecto de tratado, parte de las entidades de Coahuila, Nuevo León y San Luis Potosí, así como las de Tamaulipas y Veracruz, o sea una gran extensión adicional de territorio. Obviamente, al agregarse dos estados ribereños del Golfo de México, esa frontera hubiera tenido como consecuencia adicional que quedara en manos de Estados Unidos casi todo el litoral de dicho golfo.

Juzgaba el secretario de Estado que sólo así se podía compensar el esfuerzo, en vidas y recursos, que el conflicto, a la postre, había exigido al país.

A medida que se desarrollaba la intervención de Buchanan crecía el descontento y el malestar de Polk, no sólo porque se le contradecía en forma abierta, sino también porque temía que ese punto de vista pudiese influir en otros miembros del gabinete que ya se habían manifestado en favor del tratado el día anterior.

Sin embargo, la contrariedad del presidente se acentuaba aún más por los **extremos en que incurría su cercano colaborador**, es

decir, por el cambio radical de opinión que había experimentado sobre la materia. Así se lo hizo saber a Buchanan, al recordarle la postura que había asumido al momento de declararse la guerra a México, en aquella circular que pretendió se enviara a los ministros y cónsules norteamericanos en el exterior. Hizo hincapié Polk en que se lo recordaba porque resultaba conveniente que se pusieran de manifiesto las posiciones de cada quien, tanto las anteriores como las de ese momento.

La actitud de Buchanan llegó a la insolencia al responder al presidente que también pudo haber señalado que él, o sea Buchanan, se había opuesto a la expedición militar a la Ciudad de México y que su postura se había rechazado pero, no obstante, que de abril a la fecha se había gastado mucho más dinero y se había derramado mucha más sangre en la guerra, razón por la cual ya no estaba dispuesto a aceptar los términos del tratado. Señaló igualmente que externaba su opinión como miembro del gabinete y que, a su juicio, el instrumento debía rechazarse.

Mientras escuchaba al secretario de Estado, Polk pensó en que la razón básica para que aquél asumiera tal postura era porque ahora aspiraba a la presidencia y no quería distanciarse de los que favorecían la absorción de todo México. Ésta, por cierto, era una corriente que por entonces se afianzaba cada vez más en Estados Unidos. No sólo era apoyada por destacados políticos de la época, especialmente del Partido Demócrata, sino que importantes periódicos como el *Boston Times*, el *New York Sun*, el *New York Herald*, el *Philadelphia Public Ledger* y el *Baltimore Sun*, eran entusiastas voceros de la causa.

Polk también estaba convencido de que Buchanan en el fondo quería que se enviase el documento al Senado, pues sus aspiraciones lo llevaban a aparentar que deseaba lo contrario. Al respecto hizo la reflexión —que anotó en su diario esa misma tarde— de que ningún candidato a la presidencia debía permanecer en el gabinete, pues en tal posición no era un asesor en el que se podía mantener toda la confianza.

El presidente levantó la junta reiterando su intención de proceder en el sentido indicado, es decir, enviar a la Cámara Senatorial el documento firmado en la ciudad de Guadalupe Hidalgo, el 2 de febrero de ese año de 1848.

Sin embargo, quedó entre los miembros del gabinete la impresión de que un clima de desconfianza había surgido, o más bien, se había afianzado, entre Polk y su secretario de Estado. Y es que no

era la primera vez que se ponían de manifiesto las diferencias entre ambos. La misma guerra ya había sido pretexto para ello. Primero, cuando Polk inicialmente acordó se pagase a México una indemnización de hasta 30 millones de dólares por los territorios que aquel país debía “ceder” a Estados Unidos, así como por el derecho de tránsito por el Istmo de Tehuantepec. Puesto que esa cifra duplicaba la cantidad inicial propuesta por Buchanan en el proyecto del tratado que él había elaborado a petición del presidente y dado que aquél era obstinado en sus posturas, pese a haberse comentado detenidamente el punto y haber estado de acuerdo todos los presentes, el secretario de Estado mantuvo su oposición al criterio de Polk.

Otro motivo de irritación y desconfianza que Buchanan provocó en el presidente surgió al enviarse a México a Nicolás Trist en calidad de comisionado de Estados Unidos, con facultades para negociar un tratado de paz y amistad entre ambas repúblicas. Y es que para Polk buena parte del éxito de la gestión del enviado estribaba en el hecho de que su encomienda se mantuviera en la más absoluta reserva. Sin embargo, cuál no sería la sorpresa del presidente cuando, cinco días después de la partida del negociador, leyó en el *Herald* de Nueva York una amplia nota en la que se daba cuenta detallada de la misión de Trist. Entonces Polk hizo un repaso mental de los que estaban enterados del proyecto, o sea los miembros del gabinete, Trist y un escribiente del Departamento de Estado de apellido Derrick. También recordó haberle hecho un comentario sobre el asunto a Thomas Ritchie, editor del periódico *Daily Union*. Al repasar la lista una y otra vez, llegó a la conclusión que Ritchie era digno de toda confianza y de que seguramente ni Trist, ni ningún miembro del gabinete pudieron haber sido los indiscretos, por lo que sólo quedaba Derrick. Sin embargo, después de una larga entrevista con él, en la que el escribiente reiteró que no había dado esa información a “ningún ser humano”, Polk no pudo aclarar el misterio, aunque se quedó con la idea de que la noticia había tenido su origen en el Departamento de Buchanan, lo que aumentó la desconfianza que ya le tenía a su cercano colaborador. Y no estuvo equivocado el señor Polk porque a la postre, mes y medio después de estos acontecimientos, se aclaró que el autor de la indiscreción había sido un subordinado de Buchanan, que a la vez fungía como corresponsal de un periódico de Boston. Si bien la forma en que este último había conocido el papel asignado a don Nicolás, así como los pormenores del caso, quedaron en el misterio, no dejaron de recaer sospechas sobre el mismo secretario de Estado.

Se ahondaron tanto las suspicacias de Polk que posteriormente, cuando un periodista de apellido Nugent escribió en el *New York Herald*, bajo el seudónimo de *Galvienses*, una serie de ataques en contra de Polk, éste tuvo serias sospechas de que el instigador de los mismos había sido el secretario de Estado. Fue tal la alteración del presidente que estaba resuelto a exigirle la renuncia a Buchanan en caso de que se comprobara su deslealtad. Sin embargo, al cuestionar al respecto al funcionario, aunque éste reconoció tener contacto frecuente con Nugent, negó con vehemencia haber sido el instigador de los ataques.

Habría que agregar a estas diferencias entre el presidente y el secretario de Estado, otras que habían surgido entre ambos al iniciarse esa administración. Así sucedió cuando Polk propuso al Senado la designación de George W. Woodward, de la judicatura de Pennsylvania, como Justicia de la Suprema Corte. Esto suscitó la incormformidad de Buchanan, quien se sintió con derecho a reclamarle al presidente, pues siendo él, el secretario de Estado, oriundo de aquella entidad, juzgó como descortesía el hecho de que no haya sido consultado. Esta actitud obviamente desconcertó a Polk pues, en primer lugar, sí había platicado sobre el tema con su colaborador y sabía que éste simpatizaba con John M. Read para ocupar el puesto de referencia, pero él se había inclinado por Woodward por juzgarlo más adecuado para el puesto. Pero, además, siendo ésa una de las facultades que le competían como presidente, una reclamación de esa índole no le pareció actitud propia de un alto funcionario del Poder Ejecutivo.

Pero no sólo eso, sino que días después llegó a oídos del presidente que Buchanan estaba influyendo entre algunos de sus amigos del Senado para que no se confirmara a Woodward. Para colmo de males la propuesta presidencial fue derrotada en la Cámara cuando se sometió a votación el 22 de enero de 1846, pese a que los demócratas, o sea el partido del presidente, contaban con mayoría en ese órgano legislativo.

Todo esto molestó a Polk y provocó las primeras manifestaciones de desconfianza hacia su colaborador.

También se presentó una marcada diferencia entre ambos personajes con motivo del territorio de Oregon, lo que motivó una conversación "dolorosa y desagradable", como la calificó el mismo presidente.

A raíz de este clima de fricciones constantes, Buchanan le pidió al presidente se le designara Justicia de la Suprema Corte, lo

que recibió la aprobación de Polk, quien sólo pidió que se esperara hasta que estuviera próxima la terminación del periodo de sesiones del Congreso con objeto de que le ayudara a sacar adelante los asuntos ahí pendientes. Pronto, sin embargo, cambió de opinión el difícil secretario de Estado.

Cabe recordar que desde antes de que Polk hiciera la designación de Buchanan ya juzgaba a éste como de reducido criterio frente a pequeñeces y a veces con comportamiento, según él, de "solterona", lo que, dicho sea de paso, nos lleva a recordar la soltería permanente del secretario de Estado, lo que a la postre lo convertiría en el único presidente de Estados Unidos con ese estado civil.

Pero volviendo a nuestra materia, cabe destacar que pese a éstas y otras fricciones surgidas entre ambos personajes y a veces hasta con manifestaciones de falta de respeto y de franca deslealtad de parte de su colaborador, no deja de llamar la atención la tolerancia de Polk y el hecho de que nunca le exigió la renuncia al secretario de Estado.

La circunstancia de que Buchanan no haya podido satisfacer sus deseos de privar a México de más territorio, parece haberle provocado una insatisfacción duradera y un empeño de lograr a toda costa su objetivo, que se manifestó abiertamente cuando llegó, años después, a la presidencia de Estados Unidos. Las reclamaciones de norteamericanos con intereses en México fueron magnífico pretexto. Por eso en su *Mensaje sobre el estado de la Unión* de diciembre de 1858, o sea su segundo informe presidencial, recomendó al Congreso que le otorgara el poder necesario para adueñarse de una porción considerable de territorio mexicano en concepto de garantía, hasta que sus reclamos hubieran sido satisfechos.

Pero no sólo eso, sino que la obsesión de Buchanan llegó a tal extremo que en el mismo informe y con el pretexto de evitar las depredaciones de los indios e imponer el orden en la zona fronteriza del noroeste de México y suroeste de Estados Unidos, propuso también al Congreso crear un protectorado temporal en la porción norte de Chihuahua y Sonora y construir ahí puestos militares. Nótese bien que no pensó Buchanan en la ubicación de soldados en la zona fronteriza norteamericana para la protección y defensa de sus compatriotas, sino precisamente en territorio de México.

La insolente postura del mandatario de inmediato suscitó la respuesta digna del gobernador sonorense Ignacio Pesqueira, que a la sazón se encontraba combatiendo a las fuerzas conservadoras en el

estado de Sinaloa. Desde ahí dirigió una circular a los prefectos de Sonora, en la que les ordenó que se prepararan a rechazar por la fuerza cualquier invasión norteamericana y llamaba al servicio a la guardia nacional, "mientras él venía a ponerse personalmente al frente de la defensa del territorio". Así lo señala don Ramón Corral en su "Reseña histórica del estado de Sonora 1856-1877", al referirse a lo que él califica de "negro proyecto del presidente de los Estados Unidos".

De haberse aceptado la propuesta por el Congreso norteamericano, seguramente hubiera habido, pues, derramamiento de sangre, pero dada la superioridad numérica y en equipo del invasor, todo indica que éste a la postre hubiera logrado su objetivo y quién sabe cuántos años hubiésemos tenido que soportar la presencia de tropas extranjeras en suelo mexicano. Sin embargo, lo que hubiera sido aún peor, ya con las tropas aquí, éstas seguramente hubieran sido pretexto para forzar un nuevo acuerdo de venta de territorio nacional o, valiéndonos de un eufemismo muy manejado en los medios de Washington por la época, para celebrar un nuevo "tratado de límites" con su vecino del sur.

Y no hay que olvidar que después del despojo del 48, durante la presidencia de Franklin Pierce, ya había engullido la potencia del norte una parte adicional de la zona fronteriza de México mediante el Tratado de la Mesilla. Sin embargo, pese a diversos intentos del gobierno de Buchanan, circunstancias del momento, especialmente la división Norte-Sur que comenzaba a tomar forma, nos libraron de lo que hubiera sido el tercer trazo de la frontera entre México y Estados Unidos en poco más de una década.

Pero el antagonismo no sólo se puso de manifiesto entre el presidente y su secretario de Estado.

En el escenario mexicano también participaron personajes con características muy propias. Ahí, igualmente, no sólo hubo relaciones poco cordiales entre algunos de ellos, sino hasta fricciones serias, mismas que en ocasiones llegaron a hacerse extensivas a Polk y a su secretario de Estado.

En ese escenario la figura más destacada era la del general Winfield Scott, no tanto por su elevada estatura y presencia imponente, sino por haber sido designado comandante de las tropas norteamericanas en la contienda. Debe señalarse que pese a que Scott era comandante en jefe del ejército, su nombramiento no fue nada fácil, pues generaba recelo en las más altas esferas de Washington. ¿Y por qué? Porque los demócratas de la Casa Blanca no estaban

muy dispuestos a que un *whig* comandara las tropas norteamericanas en la lucha contra México, y menos uno cuyo nombre —aunque sin éxito— se hubiese manejado para la candidatura presidencial en los años de 1840 y 1844. Darle pues a este hombre una oportunidad para que aumentara su popularidad y su prestigio político no estaba en los planes de Polk y, de haber sido posible, lo hubiera evitado. Sin embargo, el presidente no tenía muchas opciones. El que le seguía en jerarquía a Scott era el general Edmund Pendleton Gaines, pero éste no sólo era viejo y veleidoso, sino con bien ganada fama de conflictivo en el sector militar, por lo que no resultaba candidato viable para la encomienda. El tercero en rango, el general John E. Wool, aunque capaz y prestigiado como militar, también era *whig*, si bien no había tenido una actividad partidista tan relevante como Scott.

También estaba Zacarías Taylor, que por aquella época acababa de ser habilitado como general de una estrella. Bien se dijo que éste no presentaba inconveniente desde el punto de vista de su ideología política ya que, por lo que se sabía, no tenía ninguna. Si bien contaba ya con muchos años en el ejército, había dudas respecto de su capacidad para encabezar la expedición a México, y tal parece que no se le tomó muy en cuenta para ello.

Ante tal panorama, el presidente no encontró otro camino que encomendarle al comandante en jefe del ejército la elevada responsabilidad. Para darle a conocer la designación, pidió al secretario de Guerra William Marcy y a Scott estar presentes en sus oficinas de la Casa Blanca por la tarde del 13 de marzo de 1846. Además de darle a conocer a Scott su designación, ahí se habló de la inminente campaña y de los preparativos requeridos en la lucha contra México. Sin embargo, pese a que las circunstancias exigían la unidad nacional y el esfuerzo común, ni así superaba el presidente la animadversión que le tenía a Scott. Así se deduce de la anotación que ese mismo día hizo Polk en su diario, donde al referirse al general, señalaba que no lo juzgaba como la persona más adecuada para la tarea; lo tacha de “científico” y “visionario”, o sea que creía con facilidad en quimeras, pero dada su calidad de comandante en jefe, le correspondía la misión “si él así lo deseaba”.

Y a partir de ahí, con el objeto de precisar su estrategia a seguir, como el desembarco en Veracruz, Scott estuvo en contacto estrecho, casi diario, con el presidente. Durante esos meses, al decir del general, Polk le hizo objeto de todo tipo de atenciones y reiteradas muestras de confianza, lo que suscitó a su vez en aquél, sentimientos de consideración y simpatía.

A fines de noviembre llegó Scott a Nueva Orleans, desde donde partiría con rumbo a México, y con gran contrariedad se enteró de que su expedición a Veracruz, hasta entonces mantenida en el más absoluto secreto, había sido sacada al público en *La Patria*, un periódico en español que se publicaba en dicho puerto. Ahí se dio a conocer, aunque con imprecisiones, un plan que se había preparado en la más estricta reserva. Pronto la noticia llegó a los periódicos del este y, obviamente, a la Casa Blanca.

El presidente Polk no dudó ni un minuto de que la indiscreción había provenido de Scott, "por su desmesurada vanidad, o alguna otra causa".

La relación entre ambos personajes se complicó intensamente ya que, antes de partir de Nueva Orleans, Scott tuvo conocimiento de que durante la etapa de planeación y de estrecho contacto con el presidente, éste estuvo haciendo gestiones ante el Congreso para que se creara el nivel de teniente general y así pudiese el mismo Polk designar a una persona de su confianza que reemplazara a Scott y encabezara la expedición. El deseo del mandatario era encomendarle tal responsabilidad a una conocida figura de la época, miembro del Partido Demócrata, el senador por Missouri Thomas Hart Benton. La estratagema de Polk, sin embargo, no fructificaría por el voto adverso de la mayoría senatorial, pero sembraría una relación permanente de antagonismo entre el presidente y Winfield Scott. El sentir del general quedaría claramente plasmado en sus memorias al asentar ahí que no había antecedentes de "un abuso más flagrante de la confianza humana" y en las referencias despectivas al "pequeño Jimmy Polk".

El antagonismo entre ambos personajes trascendió a los ámbitos políticos y militares, y no fueron pocos los oficiales participantes en la contienda que estaban convencidos de que el presidente era capaz de valerse de cualquier medio destinado a frustrar los éxitos de Scott.

Se ha señalado que al hacer Scott la estimación de los hombres y el equipo que se necesitarían para la toma de Veracruz y luego la marcha hacia la capital de la República, se le prometió todo lo pedido y, además, parecía gozar no sólo de la confianza del presidente, sino también de sus sinceros parabienes.

Sin embargo, un testigo de la época afirma que "todas las promesas fueron rotas". Agrega que sólo se le suministraron alrededor de la mitad de las tropas prometidas, que se le retuvo equipo bélico y confirma lo arriba señalado al decir que "apenas había par-

tido Scott hacia México cuando el presidente trató de reemplazarlo mediante la designación del senador Thomas Hart Benton (de Missouri) en calidad de teniente general''. Señala también el testigo que al no obtener la aprobación del Congreso, el presidente solicitó a dicho órgano autoridad para que se designara a Benton con el rango de mayor-general y darle en esa calidad el mando del ejército, pero tampoco logró la aprobación correspondiente y Scott pudo conservar el puesto, pero todos los generales subalternos eran sus adversarios políticos y varios le tenían antipatía personal.

Las afirmaciones anteriores tienen especial relevancia ya que provienen no sólo de quien al correr el tiempo sería el tercer teniente general del ejército norteamericano, después de Washington y Scott, sino también la figura militar más destacada de la Guerra de Secesión y, a la postre, presidente de Estados Unidos. Ulysses S. Grant.

Un capitán de artillería, Robert Anderson, en carta dirigida a su esposa, señaló: "Yo creo que el gobierno de Washington haría cualquier cosa honorable —quizás esa palabra se quede corta— para evitar que el general Scott logre la paz".

La designación más sorprendente y más criticada, especialmente por el gremio militar, fue la que Polk hizo de Gideon Pillow, primero en calidad de general brigadier y poco después elevado a mayor general.

La ambición de este hombre no tenía límites y se veía alentada por su amigo y, según algunos, ex socio de despacho de abogados, el presidente Polk, quien lo convirtió, con su rápida promoción, en segundo en el mando del ejército de Scott, pese a no tener preparación alguna en las cuestiones militares. Era pues un "general político".

La estrecha amistad entre ambos personajes se inició en el otoño de 1838, a raíz del homicidio cometido por el hermano menor de Polk, William Hawkins Polk, quien a raíz de una reyerta mató a un joven abogado, Robert H. Hayes, en una calle de Columbia, un poblado cercano a Nashville.

La buena defensa que hizo Pillow del acusado lo acercó mucho a Polk. A partir de entonces el contacto fue más frecuente y las actividades partidistas cimentaron una relación de confianza, especialmente la Convención Demócrata de Baltimore del año de 1844, donde las maniobras de Pillow fueron un factor muy importante para que Polk resultara candidato presidencial.

Eso explica los nombramientos de Pillow y que éste haya podido mantener desde México correspondencia de carácter confidencial con el presidente.

El general Zacarías Taylor consideraba a Pillow un hombre muy pequeño en todos sentidos, pero reconocía que contaba con “el oído” del presidente. Y agregaba el general: “No hay duda de que es más aconsejable tratarlo a él y a otros de similar carácter con cortesía y urbanidad, pero sin comprometerse con ellos en forma alguna”.

Poco a poco la desmesurada ambición de Pillow, sus arbitrariedades y sus manifestaciones de influyente, que ya le habían concitado antipatías entre parte de la oficialidad, comenzaban a exasperar a Scott, hasta que sobrevino un suceso que sacó de sus casillas al comandante. Fue que a mediados de septiembre de 1847 aparecieron publicados en periódicos de Estados Unidos y de México unos artículos firmados con los seudónimos de *Leonidas* y *Véritas*, pero con pruebas muy claras para atribuirlos a Pillow, donde se enaltecía el papel de éste en la toma de la Ciudad de México y se minimizaba el de Scott.

Y *Leonidas* no quiso quedar corto en el elogio. Comparó a Pillow con Napoleón en Ulm y, para fortalecer aún más el efecto, presentó a los lectores norteamericanos una versión napoleónica de la lucha del general con un oficial mexicano en la batalla de Churususco.

Un fundamento para atribuir la autoría de las cartas a Pillow era evidente: el falseamiento de los hechos y la alabanza exagerada que de él se hacía en las mismas. Sin embargo, alguien seguramente también pensó que el seudónimo pudo haberse inspirado en un vecino de sus tierras agrícolas en el Condado Maury de Tennessee, cuyo nombre, nada común, era el de Leonidas Polk, primo tercero del presidente.

El caso es que aquellos artículos y otros con fondo semejante, que daban mérito al general William Worth y al coronel James Duncan porque supuestamente habían evitado que Scott escogiera un camino indebido hacia la capital, llevaron a este último a hacerles cargos a los tres y colocarlos bajo arresto. En el caso de Pillow también se acumuló el hecho de haberse encontrado en su carro de equipaje un obús capturado en Chapultepec, lo que violaba claramente los reglamentos del ejército norteamericano sobre el botín de guerra, pues se trataba de propiedad gubernamental.

Worth, que aparentemente no tuvo participación alguna, se sintió tan seguro de su inocencia que él, a su vez, le hizo cargos al mismo comandante, por lo que éste se vio en el doble papel de acusador y acusado.

El tribunal militar quedó instalado en Puebla el 13 de marzo de 1848 y tres días después inició sus trabajos sustantivos en la capital de la República, específicamente en la Suprema Corte de Justicia, ubicada entonces en Palacio Nacional. El tribunal sesionaría hasta fines de abril sin emitir veredicto alguno. Después continuaría sus labores en Frederick, Maryland. Al final de cuentas nadie fue condenado, ni siquiera Pillow, en torno a quien se reunieron abundantes pruebas de culpabilidad.

Sin embargo, su experiencia en las cortes le permitió hacer una buena defensa de su caso y sin duda el peso de la amistad de Polk—quien después lo recibió en la Casa Blanca y lo hizo objeto de marcadas distinciones— le permitieron salir bien librado.

Serias discrepancias, pues, también se dieron en el ámbito militar, mismas que se vieron estimuladas por los celos del presidente ante todo aquel que fuera miembro del Partido Whig y comenzara a destacar en la lucha contra México.

Fricciones fuertes también las hubo entre Nicolás Trist, el negociador designado para firmar un tratado de paz con México, y el general Scott. Aquél se refirió al comandante como “el más grande imbécil” que había conocido; lo tachó de egoísta y vanidoso y lo hizo responsable de que estuviera retardando la misión que se le había encomendado. Hubo entre ambos una correspondencia en la que intercambiaron epítetos y se hicieron recriminaciones mutuas. En una de las cartas el militar le pidió a Trist que en futuras comunicaciones fuese breve y se concretara a cuestiones oficiales, ya que si se atrevía a emplear nuevamente un estilo imperativo o pretendiese darle instrucciones, o volvía a usar una sola frase descortés, le aventaría las cartas con el desprecio y escarnio que merecía.

La causa fundamental fue que con la llegada de Trist a tierras mexicanas el general sintió que se le estaba marginando de cualquier negociación con las autoridades del país pese a que ello se hacía posible gracias, en buena medida, a sus triunfos militares. No podía pues ver con simpatía a quien juzgaba como instrumento de la Casa Blanca para desplazarlo de cualquier negociación con México. Además, Scott sintió que desde la primera comunicación que le dirigió Trist, éste no le había guardado las atenciones a que su rango le hacía acreedor.

Las desavenencias entre ambos personajes llegaron a preocupar a tal grado a la Casa Blanca que el asunto se discutió en una reunión del gabinete que tuvo lugar el 12 de junio. Y lo fue también en reuniones posteriores. Pero en virtud de que el encono entre Scott y Trist no sólo no cedía, sino que parecía agravarse, el 9 de julio el presidente Polk planteó ante sus colaboradores la posibilidad de que se exigiera a ambos su regreso a Estados Unidos. Dado, sin embargo, el avance logrado en territorio de México por las tropas norteamericanas, tal medida se consideró inconveniente por todos los miembros del gabinete.

Polk, que en un momento dado pensó que se había presentado la oportunidad de deshacerse de Scott, aceptó, un poco a regañadientes, el sentir de sus colaboradores. No obstante, ahí se acordó que los secretarios de Estado y de Guerra se debían dirigir a sus respectivos subordinados, recomendándoles que cesara la hostil correspondencia y que actuaran de manera coordinada cada quien en su respectiva área de actividad en el acatamiento de las instrucciones del gobierno.

A raíz de ese acuerdo, tanto el secretario de Estado, Buchanan, como el secretario de Guerra, William L. Marcy, dirigieron sendas cartas a sus respectivos colaboradores, que a la sazón se encontraban en Puebla, en las que los instaron a cambiar de actitud, les señalaron los graves inconvenientes de una pugna así y se refirieron a la poca prudencia que mostraron cada uno de ellos.

Sin embargo, ya antes de recibir esas cartas, el general y el negociador habían comenzado a recapacitar con respecto a su actitud. Poco a poco se dieron cuenta de que su pugna no redundaba en beneficio de los intereses de su país y que una relación normal entre ellos era lo que más convenía. Uno veía afectado su prestigio en Washington y que empeoraba su relación con el presidente, y el otro se había convencido de que no podría cumplir debidamente con su misión si continuaba el distanciamiento con el comandante en jefe.

Trist dio un primer paso para tratar de mejorar la relación, pues a fines de junio le dirigió a Scott una carta, aunque de carácter formal, sin dejar alguno de arrogancia o resentimiento, lo que provocó una reacción favorable del general.

La actitud de Scott con el negociador, a su vez, comenzó a variar tanto por la comunicación mencionada como por la postura conciliatoria del general Persifor Smith, que había hecho esfuerzos por propiciar un acercamiento. De ahí que al enterarse que el negociador se encontraba en cama por enfermedad, el comandante en jefe

tuviera un gesto amistoso que finalmente resultó en un cambio radical en su relación. En efecto, el 6 de julio Scott le envió una carta a Smith en la que le dice que, al revisar sus provisiones, había encontrado una caja de mermelada de guayaba que quizás el médico no consideraría impropia para formar parte de la dieta del enfermo.

Eso no sólo tuvo un efecto favorable en el estado físico y mental de Trist sino que dispuso el ambiente de hostilidad que se había creado desde que hubo la primera comunicación entre ambos. El resultado fue que unos días después tuvo lugar el primer contacto personal entre Scott y don Nicolás y que del enfrentamiento se hubiese pasado a una relación duradera de cordialidad y reconocimiento mutuo.

Ambos se dirigieron a sus respectivos jefes no sólo para comunicar el cambio en la relación, sino para expresar cálidas palabras de elogio hacia el otro y solicitar que se suprimieran de los archivos oficiales las expresiones adversas que se habían vertido en sus comunicaciones previas. No obstante Scott, sin tapujo alguno, puso en claro que subsistiría el distanciamiento con Polk, al aclarar que su carta no tenía otro objetivo que dar a conocer el cambio de su opinión sobre Trist y, por tanto, hacerle justicia al comisionado, pero que no era, en forma alguna, un intento de congraciarse con la administración.

Desde entonces nacería una amistad sincera entre Scott y Trist, que no sólo se pondría de manifiesto durante el resto de la guerra, sino hasta la muerte del general, que tuvo lugar en West Point en 1866, cuando estaba a punto de cumplir ochenta años de edad.

Durante la lucha contra México, ninguna discrepancia fue más conocida y tuvo mayor trascendencia que la suscitada entre Nicolás Trist, por un lado, y por el otro el presidente Polk y el secretario de Estado, James Buchanan. Después de varios destacados triunfos de las armas norteamericanas como en las batallas de Monterrey, La Angostura —ésta gracias a la más que sospechosa conducta de Santa Anna— y, especialmente, la toma de Veracruz, el 29 de marzo de 1847, Polk juzgó que había llegado el momento de nombrar un comisionado en México, investido con poderes plenipotenciarios, con objeto de que aprovechara cualquier oportunidad que surgiera para negociar la paz.

Polk pensaba que la persona más indicada para la importante misión era el secretario de Estado y que haría la designación de inmediato si el gobierno mexicano hubiera dado muestras de querer negociar y nombrara al efecto sus delegados. Sin embargo, como no

era así, no se podía enviar a dicho funcionario ante un panorama tan incierto y obligarlo a permanecer indefinidamente en el vecino país.

Fue así como se designó al colaborador más cercano de Buchanan en el Departamento de Estado: Nicolás Felipe Trist. Éste tenía varios atributos para ser buen candidato ya que era un hombre capaz, que hablaba español y conocía bien el carácter de las gentes del sur por haber vivido varios años en La Habana. En efecto, Trist vivió alrededor de doce años en ese puerto y casi ocho de ellos como cónsul de Estados Unidos.

De ahí pues que el 15 de abril de 1847 Polk, “con base en la integridad, prudencia y habilidad” de Nicolás Trist, le extendió el nombramiento de comisionado de los Estados Unidos de América en México, con facultades para reunirse con sus contrapartes mexicanos, negociar y concluir un acuerdo que finiquitara las diferencias y se pudiera lograr un tratado duradero de paz y amistad entre ambos países.

Al día siguiente el negociador se dirigió a Nueva Orleans, donde se embarcó con rumbo a México e hizo su arribo a costas veracruzanas el 6 de mayo.

Pasadas las fricciones iniciales con Scott ya referidas, Trist acompañó al comandante en jefe desde Puebla y pudo observar de cerca las batallas que tuvieron lugar al dirigirse los invasores a la Ciudad de México.

Después de las derrotas de las tropas nacionales en Padierna y Churubusco, los contendientes acordaron un armisticio para dar oportunidad a los comisionados de uno y otro país a negociar la paz.

Bastaron cinco reuniones entre los negociadores mexicanos y Nicolás Trist para darse cuenta de que las posturas entre ambas partes eran tan opuestas que no tenía sentido alguno continuar el diálogo. Sin embargo, los mexicanos reconocieron en Trist un trato amable así como capacidad y un gran empeño en llegar a un tratado mutuamente aceptable. Es más, llegaron a decir que si alguna vez se lograba la paz, sería por medio de negociadores dotados de las mismas cualidades como las que había puesto de manifiesto el enviado norteamericano.

Al cesar el armisticio se reanudó la lucha. Vinieron las batallas de Molino del Rey y de Chapultepec y, pese a la tenaz resistencia de los mexicanos, no se pudo contener el avance del ejército invasor. Fueron tomadas las garitas de San Cosme y Belén. Entre balas y piedras los norteamericanos se fueron acercando al centro de la capital.

El 14 de septiembre la bandera de los Estados Unidos se enarboló en Palacio Nacional y pronto se afianzó la ocupación de la Ciudad de México.

Sin embargo, a medida que pasaban los días y no había noticia alguna respecto de un acuerdo de paz, Polk comenzó a inquietarse y a considerar la conveniencia de que el negociador permaneciese en México. Finalmente, el lunes 4 de octubre tomó la decisión de retirarlo y le pidió a Buchanan que preparara la carta correspondiente. Polk había llegado a la conclusión de que la permanencia de Trist en México resultaba inútil, pues no lograría el objetivo de su misión y, especialmente, porque ya no le satisfacían las bases de negociación que se habían entregado al comisionado. En otras palabras, quería hacer más oneroso el tratado para los mexicanos. Con ese motivo, el 6 de octubre se dirigió Buchanan a Nicolás Trist para pedirle, por instrucciones de Polk, su regreso a Estados Unidos.

En la decisión de Polk de retirar al negociador obviamente influyó un sentimiento expansionista que poco a poco se fortalecía en los Estados Unidos, especialmente en las filas de los demócratas. En efecto, al paso del tiempo crecía en importancia una corriente que quería absorber a todo el país vecino. Se le conoció como el "Movimiento Todo México".

Un factor de peso en la postura de la anexión total fue la filosofía del Destino Manifiesto, cuya lógica argumentaba que la "misión gloriosa" de los Estados Unidos era "salvar de la barbarie" al resto del continente y enseñarles a otros países que el camino de la felicidad y el progreso sólo podría encontrarse gracias a la creación de instituciones democráticas del tipo de las estadounidenses.

Claro que también había consideraciones de tipo económico, como el empeño de apoderarse de las minas de plata del país vecino. Igualmente las había de tipo comercial, pues se consideraba que el Istmo de Tehuantepec daría a los Estados Unidos una ventaja comercial insuperable sobre Europa, una vez que fuera construido ahí un canal interoceánico.

En las costas del Atlántico del Norte los demócratas dieron un apoyo decidido al movimiento y varios importantes periódicos que simpatizaban con ese partido se habían convertido en voceros influyentes de la causa.

Esta corriente anexionista, pues, poco a poco influía en el ánimo de Polk y si bien a fines de 1847 aún no estaba preparado para aceptar la absorción total del país vecino, la renuencia de México

a negociar sí le daba el pretexto para exigir más territorio que el originalmente previsto en las instrucciones dadas a Trist.

Grande fue la sorpresa del negociador al recibir la comunicación de Buchanan. Experimentó una mezcla de decepción y de rabia al conocer la inesperada noticia de su retiro. Pensaba que se había tomado una decisión inadecuada, especialmente cuando se veían mayores posibilidades de llegar a un acuerdo de paz con México.

A los pocos días de recibir la comunicación del secretario de Estado, Trist comenzó a tener algunas dudas respecto de la conducta a seguir y en los días subsiguientes esas dudas comenzaron a acentuarse. Una serie de pensamientos contrastantes lo mantenía en desasosiego. Se hizo presente un conflicto entre el deber y la conciencia.

Los días de incertidumbre finalmente culminaron el sábado 6 de diciembre a mediodía. Después de sopesar cuidadosamente los riesgos y las posibles consecuencias de acatar o no las instrucciones recibidas, decidió, con gran valentía, permanecer en México para dedicar todo su esfuerzo a lograr la firma de un tratado.

Fueron razones diversas las que predominaron en su ánimo y lo llevaron a tomar esa trascendental decisión y hacer caso omiso de una orden expresa del presidente de su país.

En primer lugar, pensó que la paz aún era el deseo de su gobierno. En segundo, estaba plenamente convencido de que si la oportunidad no se aprovechaba de inmediato, las perspectivas de lograr un tratado se desvanecerían por tiempo indefinido, o quizás para siempre. Una tercera consideración que hizo Trist fue que independientemente de Texas, la frontera propuesta le quitaba a México alrededor de la mitad de todo su territorio, y por indefensa que una nación se pudiese sentir, había necesariamente un límite que no se podía rebasar como precio de la paz.

Pero no sólo eso, sino que un sentido elemental de justicia lo llevaba a ver con repugnancia la posibilidad de privar a México de mayor superficie, y sabía bien que ésa sería la consecuencia si suspendía todo intento de negociar y regresaba a los Estados Unidos.

Todas estas consideraciones fueron las que llevaron a Trist a tomar una determinación tan importante como la de quedarse en México para tratar de negociar un tratado, aunque ello implicara contravenir las instrucciones expresas del presidente Polk. No fue ciertamente una decisión fácil. Estuvo consciente de los riesgos que ello implicaba en cuanto a las relaciones de ambos países y de las posibles consecuencias hacia su persona.

Pronto Trist le dirigió una carta a Buchanan donde le da a conocer su decisión y las razones que lo impulsaron a tomarla. Grande fue la sorpresa y la molestia del secretario de Estado al recibir la comunicación de don Nicolás. Sin embargo, su reacción fue mínima si se compara con la experimentada por el presidente de los Estados Unidos. Una mezcla de incredulidad y cólera se suscitó en Polk al tener conocimiento de la actitud de Nicolás Trist. Si éste estaba debidamente informado de la revocación de sus poderes, para el primer mandatario resultaba verdaderamente increíble su actitud y no encontró pretexto más a la mano que culpar a Scott de la rebeldía del enviado.

Cuando leyó Polk la carta dirigida a Buchanan y pudo confirmar personalmente la noticia, se acentuó su extrañeza y su disgusto se hizo más ostensible. Calificó la carta, fechada el 6 de diciembre, como el documento más extraordinario de un representante diplomático que jamás hubiese conocido. A su juicio el despacho era arrogante, descarado, insultante a su gobierno y hasta personalmente ofensivo al presidente. No concebía Polk que el enviado reconociera que actuaba sin autoridad y en violación a la orden que se le había dado de regresar al país. Nunca se había sentido el presidente tan indignado como en esos momentos.

A juicio de Polk, el despacho de Trist comprobaba no sólo que éste carecía de honor y de principios, sino más aún, que era un hombre ruin. Se sintió profundamente decepcionado del negociador, pues aunque lo conocía bastante poco, no podía concebir que alguien pudiera comportarse en forma tan baja como él lo había hecho.

En conversación con los senadores Lewis Cass y Ambrose Sevier el día 23 de enero, Polk señaló que tomando en consideración la sangre derramada y los recursos empleados en la lucha desde el mes de abril, él no aprobaría un acuerdo que se fundara en los términos que entonces fueron autorizados. Había, pues, que decidir el tenor de las nuevas condiciones que se debían imponer a México. En el mensaje que Polk había dirigido a la nación días antes, señaló que habiendo poseído por muchos meses Nuevo México y las Californias y al cesar en esas zonas toda resistencia, no se debía seguir esperando la firma de un tratado de paz, sino establecer ahí un gobierno estable bajo la autoridad de los Estados Unidos. Pero aún fue más allá al señalar que si los esfuerzos de paz no prosperaban, el gobierno norteamericano debía tomar "todo el monto de la indemnización en (sus) propias manos" y obligar a todo lo que el honor exigía.

Esto último se interpretó por muchos norteamericanos en el sentido de que no sólo se exigiría un poco más de territorio, sino que existía la clara intención de anexionar todo México.

Mientras tanto, en ese país los comisionados mexicanos José Bernardo Couto, Luis G. Cuevas y Miguel Atristáin, que habían recibido sus instrucciones el 30 de diciembre, por acuerdo del presidente Pedro María Anaya, tuvieron su primera reunión con Trist el 2 de enero de 1848.

Las reuniones entre los comisionados de ambos países fueron sumamente laboriosas. De las semanas que siguieron dedicaron tantas horas como era humanamente posible a discutir las diversas cláusulas del tratado y se pudo avanzar poco a poco en las difíciles negociaciones gracias a la colaboración brindada por una y otra parte. A base, pues, de pacientes negociaciones se pudo llegar a un texto satisfactorio para todos.

Unos días después, el 2 de febrero de 1848, Nicolás Trist y los comisionados mexicanos se dieron cita en la casa número 10 de la avenida Morelos, de la ciudad de Guadalupe Hidalgo, a una legua de la Ciudad de México, donde procedieron a firmar el tratado de paz.

Después comentaría Trist en el seno familiar, en palabras verdaderamente conmovedoras que recogería su esposa Virginia, la profunda vergüenza que sentía al firmar el tratado y privar a México de una gran extensión de territorio, pues estaba plenamente convencido de la iniquidad de la guerra y de que era un abuso de poder de su gobierno.

Al llegar el tratado a la Casa Blanca, Trist nuevamente fue objeto de acres censuras tanto de Polk como de los miembros de su gabinete. A juicio del presidente, Trist había demostrado ser un descarado truhán y un individuo incompetente que no merecía miramiento alguno sino un trato acorde con su clase.

Sin embargo como antes quedó dicho, por motivaciones de tipo político, Polk se vio obligado a aceptar el Tratado de Guadalupe Hidalgo que, como si no fuera suficiente, privó a México de más de la mitad de su territorio.

La Guerra del 47 estuvo, pues, cargada de desavenencias entre los actores norteamericanos, tanto en Washington como en el escenario mexicano.

Una de esas desavenencias fue causada por la rebeldía del negociador y su oposición a que se le impusieran a México condiciones aún más gravosas, que hubieran podido terminar con la absorción

de todo el territorio nacional y, por consiguiente, su desaparición como país independiente.

Trist fue un hombre justiciero que pagó cara su audacia, ya que fue objeto de represalias que le hicieron la vida difícil buena parte del resto de su existencia.

Pese a sus méritos, a que su conducta fue algo insólito en los anales de la diplomacia y al gran servicio que prestó a los mexicanos, Nicolás Trist ha permanecido ausente de los textos de historia de México. No se aprecia su papel y mucho menos es objeto de reconocimientos públicos.

Esperamos que en un futuro no muy lejano, México pueda saldar la deuda que tiene con ese hombre singular.

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

- Bauer, Karl Jack, *The Mexican War*, Nueva York, Macmillan, 1974.
- Corral, Ramón, *Obras Históricas*, Hermosillo, Son., 1959 (*Biblioteca Sonorense de Geografía e Historia*, 1).
- Grant, Ulysses S., *Personal Memories*, Nueva York, De Capo Paperback, 1982.
- Henry, Robert Selph, *The story of the Mexican War*, Nueva York, De Capo Press, 1989.
- Hughes Jr., Nathaniel Cheairs y Roy P. Stonesifer Jr., *The life and wars of Gideon J. Pillow*, Chapel Hill y Londres, The University of North Carolina Press, 1993.
- Manning, William R., ed., *Diplomatic correspondence of the United States: inter-american affairs 1831-1860*, Washington, Carnegie Endowment for International Peace, 1937.
- Nevins, Allen, ed., *Polk: the diary of a president, 1845-1849*, Nueva York, Longmans, Green and Co., 1952.
- Price, Glen W., *Origins of the war with Mexico: The Polk-Stockton Intrigue*, Austin-Londres, University of Texas Press, 1972.
- Smith, Justin H., *The war with Mexico*, 2 vols., Gloucester, MASS, Peter Smith, 1963.
- Sobarzo, Alejandro, *Deber y conciencia; Nicolás Trist, el negociador norteamericano en la Guerra del 47*, 2a. ed., México, FCE, 1996.